

que padeció el martirio san Mauricio. En la época en que sucedió esto, el Ródano pasaba al pié del montecillo en que se verificó el suplicio, y la cabeza del santo cayó rodando hasta el río, en el que desapareció.

Ya eran las tres de la tarde, y yo queria llegar á comer á Martigny; deseaba dedicar algun tiempo en ver la cascada de Pissevache, que me habian ponderado como una de las maravillas de la Suiza. En efecto, á la media hora de camino, y al doblar un recodo, la divisé á lo lejos, cortándose sobre su negro peñasco, cual un río de leche que se precipitase de la montaña. El agua es siempre una cosa admirable en cualquier punto de vista; es en un paisaje lo que un espejo en una habitacion; es el mas animado de todos los objetos inanimados; pero una cascada es superior á todos. Es verdaderamente el agua viviente: cree uno que hasta tiene alma. Interesan á uno los espumosos esfuerzos que hace al estrellarse contra las rocas; se escucha su ruidosa voz que gime al precipitarse; se lamenta uno por su caída de que no le consuela la espléndida gasa que con sus rayos le echa el sol al pasar; despues finalmente, se la acompaña con interés en su carrera mas tranquila en medio del valle, cual se acompaña en el mundo la existencia reposada de un amigo cuya mañana han agitado violentas pasiones.

Pissevache baja de una de las mas hermosas montañas del Valés, llamada Salanf: su caída es de una elevacion de cerca de cuatrocientos piés.

EL BEEFSTEAK DE OSO.

Llegué al hotel de las postas de Martigny hácia las cuatro de la tarde.

— ¡ *Vive Dios!* dije al dueño de la casa colocando mi palo con punta de hierro en un ángulo de la chimenea, y colgando en la punta del palo mi sombrero de paja, hay desde Bex aquí una buena caminata.

— Seis leguas cortas del país, caballero.

— Sí, que hacen doce de Francia casi. — ¿Y de aquí á Chamouny?

— Nueve leguas.

— Gracias. Un guia para mañana á las seis.

— ¿Irá el señor á pié?

— Siempre.

Al decir esto observé que mis piernas adquirian gran consideracion en el ánimo de nuestro fondista, era sin duda á costa de mi posicion.

— ¿El señor es artista? continuó el fondista.

— Una cosa así.

— ¿El señor come?

— Todos los días, religiosamente.

En efecto, como las mesas redondas son bastante caras en Suiza y cada comida cuesta cuatro francos, precio fijado de antemano y del cual no hay nunca rebaja, hacia largo tiempo que yo trataba en mis proyectos económicos de sacar alguna ventaja de esto. Al fin de largas y profundas meditaciones llegué á encontrar un término medio entre la rigidez escrupulosa de los fondistas y mi conciencia. Era el no levantarme jamás de la mesa sin haber comido el equivalente de los seis francos: de esta manera mi comida no me costaba mas que cuarenta sueldos. Solamente cuando me veían cebarme en un plato y me oían decir: *Mozo, otra cosa*, el fondista murmuraba entre dientes: hé aquí un inglés que habla divinamente el francés.

Bien veis ya que el dueño de la fonda de Martigny no estaba dotado de la ciencia fisiognomónica de su compatriota Lavater, pues que se atrevía á dirigirme esta pregunta impertinente cuando menos:

— ¿El señor come?

— Cuando hubo oído mi respuesta afirmativa contestó:

— Habéis tenido suerte, pues aun tenemos oso.

— ¡Ah! ¡ah! dije yo medianamente satisfecho del asado.

¿Y es bueno el oso para comer?

El fondista se sonrió con un lento movimiento de cabeza de arriba abajo que podía traducirse así: cuando lo hayáis probado no tendréis ganas de comer otra cosa.

— Muy bien, continué yo, ¿y á qué hora es vuestra mesa redonda?

— A las cinco y media.

Saqué mi reloj, no eran mas que las cuatro y diez minutos. — Bien, dije para mí, aun tendré tiempo de ir á ver el antiguo castillo.

— ¿Quiere el señor que alguno le acompañe para que pueda explicarle la época á que pertenece? me dijo el fondista contestando á mi aparte.

— Gracias, ya encontraré el camino yo solo; en cuanto á la época á la cual se remonta vuestro castillo, es la de Pedro de Saboya llamado el Grande, el que si no me engaño, lo hizo edificar hácia fines del siglo XII.

— El señor sabe nuestra historia tan bien como nosotros.

Le di las gracias por la intencion, pues era fácil comprender que queria adularme con aquel cumplido.

— ¡Oh! replicó, es que nuestro país ha sido famoso en otro tiempo.

Tenia un nombre latino, ha sostenido grandes guerras y ha servido de residencia á un emperador romano.

— Sí, repliqué yo, dejando caer al descuido la ciencia de mis labios como el profesor del *Villano caballero*, sí, Martigny es el *Octodurum* de los celtas, y sus actuales habitantes son los descendientes de los veragrianos de que hablan César, Plinio, Estrabon y Tito Livio, que hasta los llaman semi-germanos. Casi cincuenta años antes de Jesucristo, Sergio Galba, lugarteniente de César, fué sitiado

aquí por los seduneses : el emperador Maximiano quiso hacer allí que su ejército sacrificase á los falsos dioses, lo que dió motivo al martirio de san Mauricio y de toda la legion Tebana : en fin, cuando se encargó á Petronio, prefecto del pretorio, dividir las Galias en diez y siete provincias, separó el Valés de la Italia é hizo de vuestra ciudad la capital de los Alpes Peninos, que debian formar junto con la Tarentasia, la séptima provincia vienesa. — ¿No es esto, mi huésped?

El fondista estaba atónito de admiracion. Yo ví que habia producido efecto, me adelanté hácia la puerta, y él se arrimó á la pared con el sombrero en la mano y pasé muy erguido delante de él tarareando :

Venid, gentil señora,
Venid, que ya os aguardo...

Aun no habia bajado diez escalones cuando oí gritar á voces á mis espaldas al mozo :

— Preparad el número 3 para su excelencia. El número 3 era el cuarto en que habia dormido María Luisa cuando pasó por Martigny en 1829.

Así mi pedantismo habia producido el fruto que deseaba. Me valió la mejor cama de la posada, y desde que habia salido de Ginebra me tenían desesperado las camas. Es preciso decir que las camas suizas se componen pura y simplemente de un jergon y un colchoncillo de cerda, sobre los cuales se extiende una especie de toalla muy corta que condecoran con el nombre de sábana, tan corta que en la extremidad inferior no puede doblarse debajo del

colchon ni arrollarse en derredor de la almohada en la cabeza : de manera que los piés y la cabeza pueden gozar de ella alternativamente, pero nunca al mismo tiempo. Agregad á esto que de todas partes salen las cerdas fuertes y erizadas pasando las telas del colchon, lo que produce sobre la piel del viajero el mismo efecto casi que si se hubiese acostado sobre un inmenso cepillo de limpiar la cabeza.

Lisonjeado con la esperanza de pasar una buena noche, me fui á dar una vuelta de hora y media por la poblacion y sus cercanías, tiempo suficiente para ver todo lo mas notable que tiene la antigua capital de los Alpes Peninos.

Cuando regresé, ya todos los viajeros estaban en la mesa; eché una mirada rápida é inquieta sobre los convidados, vi que las sillas se tocaban y que todas estaban ocupadas : no tenia sitio.

Un esuremecimiento corrió por todo mi cuerpo, y me volví para buscar al fondista, estaba detrás de mí. Hallé en su rostro una expresion melistofélica.

— Sonreíase.

— ¡ Y yo! le dije; ¡ y yo! ¡ desgraciado!...

— Venid, me contestó indicandome con la mano una mesita aparte. Aquí teneis vuestro sitio : un hombre como vos no debe comer con toda esa gente.

— ¡ Oh dignísimo oclódurense! ¡ y yo sospechaba de él!

La mesita estaba maravillosamente servida. Cuatro platos, en medio de los cuales habia un beefsteak que hubiera dado envidia al mejor bisteck inglés... formaba el primer servicio...

Mi huésped vió que me llamaba la atención y acercóse misteriosamente á mi oído :

— No todos podrán comer un beefsteak como ese, me dijo.

— ¿ Y de qué es ese beefsteak ?

— De filetes de oso.

Lo mismo me habria importado que me hubiese dicho que era de filetes de vaca.

Miraba maquinalmente aquel plato tan ponderado, que me acordaba de aquellos pobres animales que siendo niño habia visto por las calles atados con una cadena en la nariz, que un hombre tenia por una punta, y les hacia bailar pesadamente; ó montar en un palo como el niño de Virgilio; oía el agudo sonido del tamboril que tocaba el mismo hombre, y el silbido de la flauta en que soplabá; y todo esto no me daba mucha simpatía por la carne tan celebrada que tenia delante. Habia puesto el bisteck sobre mi plato, y por el modo triunfante con que se habia clavado mi tenedor, conocí que á lo menos poseia aquella buena cualidad que hacia tan desgraciados á los carneros de Mlle. Scudéry. No obstante, vacilaba yo siempre dándole vueltas y revueltas por ambos lados, cuando mi huésped, que me miraba sin comprender mi embarazo, me decidió diciéndome por última vez :

— Probadlo y ya me direis luego si es cosa rica.

En efecto, corté un pedazo del tamaño de una aceituna, lo impregné de manteca tanto como pude, y separando los labios me lo metí entre los dientes, casi mas por vergüenza que con esperanza de vencer mi repugnancia. El fondista, en pié detrás de mí,

seguia todos mis movimientos con la benévola impaciencia de un hombre que goza con la sorpresa que va á causar. Grande fué la mía, muy grande. Sin embargo, no me atreví á manifestar de pronto mi opinion, temia haberme engañado: volví á cortar silenciosamente un segundo pedazo de doble tamaño que el primero, y le hice tomar el mismo camino y con las mismas precauciones que el otro; así que lo hube tragado exclamé :

— ¡ Cómo ! ¿ esta es carne de oso ?

— Sí, señor, de oso.

— ¿ De veras ?

— Os doy mi palabra de honor.

— Pues bien, es excelente.

En aquel mismo instante llamaron á mi huésped los de la mesa redonda, que seguro ya de que yo haria los honores á su plato favorito me dejó frente á frente de mi plato de beefsteak.

Habian desaparecido ya las tres cuartas partes cuando volvió á tomar el hilo de la conversacion que le habian interrumpido.

— Debeis saber, me dijo, que el animal á que habeis hecho los honores era una famosa bestia.

Hice un signo de aprobacion con la cabeza.

— ¡ Pesaba trescientas veinte libras !

— Buen peso, contesté sin dejar un punto de comer.

— No se ha obtenido sin trabajo, me contestó.

— Bien lo creo, contesté llevándome el último trozo á la boca.

— Este animal se comió la mitad del cazador que lo mató.

El pedazo que antes me llevé á la boca se me salió de ella como impelido por un resorte.

— El diablo os lleve, dije volviéndome hácia donde estaba él. ¿Os parece regular venir con esas chanzas á un hombre que está comiendo?

— No son chanzas, es la pura verdad todo lo que os digo.

Sentí entonces que el estómago se me revolvió.

— Era, continuó mi huésped, un pobre labrador del Fouly, llamado Guillermo Mona. El oso de que ya no queda mas que el pedazo que teneis en el plato, venia todas las noches á robarle sus peras, porque para esa clase de fieras todo es bueno. Sin embargo, se dirigia con preferencia á un peral cargado de peras de agua. ¿Quién hubiera creido que un animal habia de tener los mismos gustos que el hombre y habia de ir á elegir en un cercado las peras mas sabrosas? Desgraciadamente el labrador de Fouly preferia entre todas las frutas estas peras. Al principio creyó eran los chicos los que venian á robarle; y en su consecuencia cargó su escopeta con sal y se puso en acecho. Hácia las once un rugido hizo retemblar la montaña.

— Calla, hay un oso en las cercanías, dijo el labrador. Diez minutos despues un segundo rugido se hizo oír, pero tan espantoso y tan cerca, que Guillermo pensó que no tendria tiempo para volver á su casa y se echó en el suelo sin mas esperanza que la de que el oso no venia por él sino por sus peras. — Efectivamente, el animal apareció casi de repente al extremo de la cerca dirigiéndose en línea

recta hácia el peral en cuestion; pasó á diez pasos de Guillermo, subió lentamente al árbol, cuyas ramas crujián bajo el peso de su cuerpo, y se puso á comer de tal manera que era evidente que dos visitas iguales harian inútil la tercera. Cuando el oso se hartó bajó lentamente como si sintiese alejarse, pasó al lado del cazador á quien la escopeta cargada de sal no servia de nada en aquellas circunstancias, y se retiró tranquilamente á la montaña. Todo esto habia durado poco mas ó menos una hora, durante la cual el tiempo habia parecido mas largo al hombre que al oso.

Sin embargo, el hombre era un valiente... y dijo en voz baja al ver alejarse al oso: — Está bien, véte, véte, pero no siempre pasará igual, ya nos veremos. — A la mañana siguiente uno de sus vecinos fué á verle y le encontró ocupado serrando un pedazo de hierro.

— ¿Qué estás haciendo? le dijo.

— Me divierto, le contestó Guillermo.

El vecino tomó en la mano el pedazo de hierro, lo miró y lo revolvió como un hombre que ya conoce su uso, y despues de haber reflexionado un instante, exclamó:

— Guillermo, si quieres ser franco, me confesarás que este pedazo de hierro está destinado á atravesar una piel mas dura que la del gamo.

— Tal vez, contestó Guillermo.

— Ya sabes que soy buen chico, dijo Francisco (este era el nombre del vecino); pues bien si quieres para los dos el oso; dos hombres valen mas que uno.

— Eso es según, dijo Guillermo; y continuó serrando su tercer pedazo de hierro.

— Escucha, continuó Francisco, yo te dejaré la piel y la prima, y la carne la dividiremos (1).

— Quiero mejor todo, dijo Guillermo. Pero tú no me puedes impedir el buscar la huella del oso en las montañas, y si la encuentro, el de emboscarme á su paso.

— Eres libre, puedes hacerlo. — Y Guillermo que habia acabado de serrar el tercer trozo se puso silbando á medir una carga de pólvora doble de la que ordinariamente se echa en una escopeta.

— Parece que llevas tu fusil de municion, dijo Francisco.

— Ciertó, tres pedazos de hierro son mas seguros que una bala de plomo.

— Pero estropea la piel.

— Ciertó, pero mata mas pronto.

— ¿Cuándo piensas cazarlo?

— Mañana te lo diré.

— Por última vez, ¿quieres ó no?

— No.

— Te prevengo que voy á buscar la huella.

— Sea enhorabuena.

— Iremos juntos.

— Cada uno por sí.

— Adios, Guillermo.

— Buena fortuna, vecino

Y el vecino al marcharse vió á Guillermo cargar

(1) El gobierno concede una prima de ochenta francos por cada oso que se mata.

su fusil de municion y poner los tres pedazos de hierro. En seguida, le vió colocar su arma en un rincon de la tienda. Al oscurecer, al volver á pasar por delante vió á Guillermo tranquilamente fumando su pipa sentado en un banco cercano á la puerta; Francisco se aproximó de nuevo.

— Mira, le dijo, no estoy resentido. Ya he encontrado la huella del oso, ya ves que no te necesito para nada. Sin embargo, vengo á proponerte aun otra vez el que sea para los dos.

— Cada uno de por sí, dijo Guillermo.

— Es el vecino el que me ha contado esto antes de ayer, continuó el fondista. Me decia, concebís, capitán, porque yo soy capitán de la milicia, concebís lo que era el pobre Guillermo. Todavía le veo sentado en el banco delante de su casa, con los brazos cruzados y fumando en su pipa, como ahora os estoy viendo... ¡Y cuando pienso!... en fin...

— ¿Y luego? le pregunté interesándome vivamente en su narracion, que revelaba todas mis simpatías de cazador.

— Despues, continuó el fondista, el vecino no supo ya nada de lo que hizo Guillermo hasta la noche.

A las diez y media su mujer le vió tomar su fusil, rodearse un saco de tela gris en el brazo y salir. No se atrevió á preguntarle dónde iba, pues Guillermo no es hombre que da cuentas á su mujer.

Francisco por su lado habia encontrado verdaderamente las huellas del oso; las habia seguido hasta que se perdian en el cercado de Guillermo, y no teniendo derecho de apostarse en las tierras

de su vecino, se escondió entre el bosque de abetos que se halla entre el jardín de Guillermo y la montaña.

Como la noche era clara vió salir á Guillermo por la puerta trasera. Guillermo avanzó hasta el pié de una roca gris que habia rodado hasta el jardín desde la montaña vecina y que estaba á unos veinte pasos del peral. Se paró, miró al rededor á ver si álguien le espiaba, desarrolló su saco, se metió dentro no dejando fuera mas que la cabeza y los dos brazos, se apoyó contra la roca confundíendose con la roca por el color de su saco y la inmovilidad de su persona, que el vecino que sabia dónde estaba no le podia distinguir. Un cuarto de hora se pasó esperando al oso. Al fin un rugido prolongado lo anunció. Cinco minutos despues Francisco lo vió.

Pero fuese por astucia ó porque hubiese olfateado al segundo cazador, no siguió el camino acostumbrado, sino que describió un círculo, y en lugar de pasar á la izquierda de Guillermo, como la vispera, pasó esta vez á la derecha fuera de tiro de Francisco, pero á diez pasos todo lo mas del fusil de Guillermo.

Guillermo no se movió. Hubiérase podido creer que no veia la fiera salvaje que habia venido á buscar y que parecia despreciarle pasando tan cerca de él. El oso, que tenia el viento contrario, no pudo conocer la presencia de un enemigo y continuó velozmente su camino hácia el árbol. Empero en él momento en que se levantaba sobre sus patas traseras y abrazaba el tronco con sus patas delanteras

presentando al descubierto el pecho sin que sus espesas espaldas pudieran protegerle, como un relámpago brilló al lado de la peña y el valle retumbó al tiro de fusil de doble carga y á los rugidos que lanzaba el animal mortalmente herido.

Acaso no hubo una sola persona en todo el pueblo que no oyese el tiro de Guillermo y los rugidos del oso.

El oso huyó pasando sin descubrir á Guillermo que ya habia metido los brazos y la cabeza en el saco, confundíendose de nuevo con la roca. El vecino contemplaba aquella escena apoyado en su rodilla y sobre la mano izquierda, estrechando la carabina con su mano derecha, pálido y conteniendo la respiracion. Es un gran cazador, y sin embargo, me confesó que en aquel momento hubiera mejor querido estar en su cama que allí. Pero lo peor fué cuando vió que el oso herido, despues de haber hecho un círculo buscaba el camino de la vispera y que conducia á donde él estaba. Hizo la señal de la cruz, pues todos los cazadores son piadosos, encomendó su alma á Dios, y se aseguró que su carabina estaba montada. El oso no estaba mas que á cincuenta pasos de él, rugia de dolor, se paraba para revolcarse y morderse la herida y volvia á correr.

Cada vez se iba aproximando mas. Ya no estaba mas que á treinta pasos. Dos segundos mas y venia á estrellarse contra el cañon de la escopeta del vecino. De repente se para, aspira con ansia el aire que venia del lado del pueblo, lanza un rugido terrible y vuelve á entrar en el cercado.

— Ten cuidado, Guillermo, ¡ten cuidado! gritó

Francisco lanzándose en persecucion del oso, olvidándolo todo para pensar en su amigo, pues conoció que si Guillermo no habia tenido tiempo de volver á cargar su fusil estaba perdido; el oso le habia olfateado.

No habia dado mas que diez pasos cuando oyó un grito. Era un grito humano, un grito de terror y de agonía á la vez : un grito en el que el que lo lanzaba habia reunido todas las fuerzas de su pulmon, todas sus oraciones á Dios, todas sus demandas de socorro á los hombres. — ¡Favor!!!

Despues nada, ni una queja, ni un lamento siguió al grito de Guillermo.

Francisco no corria, volaba : la pendiente del camino aceleraba su carrera. A medida que se acercaba se distinguia mas clara y distintamente la monstruosa fiera, que se agitaba en la sombra pateando el cuerpo de Guillermo y destrozándolo en pedazos.

A cuatro pasos de ellos se hallaba Francisco, y tan cebado en su presa se hallaba el oso, que pareció no verlo. No se atrevia á tirar por miedo de matar á Guillermo, si no estaba muerto; porque de tal modo temblaba, que no estaba seguro de no errar el tiro. Cogió una piedra y se la tiró al oso.

Volvióse furioso el animal contra su nuevo enemigo : estaban tan cerca el uno del otro que el oso se puso de piés para ahogarle : sintió rozar el pecho del oso en el cañon de su carabina. Maquinalmente apoyó el dedo sobre el gatillo y salió el tiro.

Cayó el oso de espaldas, la bala le habia atravesado el pecho y roto la columna vertebral.

Francisco le dejó arrastrarse aullando sobre sus manos, y corrió á socorrer á Guillermo. No era ya un hombre, ni tan siquiera un cadáver. Era un monton de huesos y carne magullada, la cabeza habia sido casi enteramente devorada (1).

Entonces conoció por el movimiento de las luces que pasaban detrás de las ventanas, que estaban despiertos muchos habitantes de la aldea, llamó diferentes veces indicando con sus gritos el sitio donde se hallaba. Acudieron algunos labradores con armas, porque habian oido los gritos y los tiros de fusil. Bien pronto toda la aldea se reunió en el cercado de Guillermo.

Su mujer vino con los demás; ¡horrible fué aquella escena! Todos los que allí estaban lloraban como niños.

Abrióse una suscripcion que produjo setecientos francos en todo el valle del Ródano, Francisco cedió el premio que le correspondia, é hizo vender á beneficio de la viuda la piel y la carne del oso. En fin, todos se apresuraron á ayudarla y socorrerla. Todos los posaderos han consentido tambien en que se abra una lista de suscripcion, y si el señor quiere poner su nombre en ella....

— ¡Ya lo creo! dadme pronto esa lista.

Acababa de escribir mi nombre, y de reunir á

(1) Yo afirmo que no he tratado de inspirar horror y que nada he exagerado; no hay un solo valesano que ignore la catástrofe que acabo de contar, y cuando subimos por segunda vez al valle del Ródano para tomar el camino del Simplon, por todas partes con muy corta diferencia en los detalles, nos contaron esta terrible y reciente aventura.

él mi ofrenda cuando un robusto moceton rubio de alta estatura entró : era el guia que debía acompañarme al día siguiente á Chamouny, y que venia á preguntarme la hora y modo con que quiera viajar. Mi respuesta fué tan corta como terminante :
— A las cinco de la mañana y á pié.

EL COLLADO DE BALMA.

Fué mi guia exacto como el despertador de un reloj. A las cinco y media atravesábamos la aldea de Martigny, donde no ví nada notable mas que tres ó cuatro niños raquíuticos sentados á la puerta de la casa paterna vegetando estúpidamente al sol. Al salir del lugar atravesamos el Druce que baja del monte de San Bernardo por el valle de Entremont y va á entrar en el Ródano entre Martigny y la Balía. Poco despues dejamos el camino y tomamos una senda que se internaba en el valle, apoyándose á la derecha sobre la vertiente oriental de la montaña.

Así que hubimos caminado cerca de media legua, casi, mi guia me invitó á volverme y contemplar el paisaje que se desplegaba á nuestros ojos.

Comprendí entonces á primera vista la importancia política que César debia dar á la posesion de Martigny, ó para servirme del nombre que él le da en sus *Comentarios*, de Vetoduro. Colocada como está esta poblacion, debia ser el centro de sus operaciones sobre la Helvecia por el valle de Tarnade ; sobre las Galias, por el camino que seguíamos nosotros y que conduce á Saboya ; y en fin, sobre la

Italia por el *Ostiolum montis Jovis*, hoy el Gran San Bernardo, donde él habia hecho trazar una via romana que iba de Milan á Mayenza.

Hallábamonos en el centro de aquellos cuatro caminos y podíamos verlos huir cada cual por su lado, siguiéndolos con la vista mas ó menos lejos, segun nos lo permitian los fantásticos accidentes de la gran cadena de los Alpes en medio de la cual nos veíamos.

El primer objeto que atraia la vista como punto central de aquel vasto cuadro, era desde luego la antigua ciudad de Martigny donde vivian desde el tiempo de Anibal aquellos semigermanos de que hablan César, Estrabon, Plinio, y Tito Livio; que debió á sus ventajas topográficas el terrible honor de ver pasar por medio de sus murallas los ejércitos de aquellos tres colosos del mundo moderno: César, Carlo-Magno, y Napoleon.

La vista no se aparta de Martigny mas que para seguir el camiuo del Simplon, que internándose osadamente en el valle del Ródano, sigue de Martigny á Riddes una línea tan recta, que parece una cuerda tirante cuyos postes son los campanarios de aquellos dos pueblos. A su izquierda, el Ródano naciente, y niño aun, serpentea en el fondo del valle onduloso y brillante cual una cinta plateada que flota en la cintura de una esbelta jóven, mientras que sobre él se levanta por cada lado aquella doble cadena de Alpes, que se abre en el collado de Ferret; se ensancha para encerrar en toda su longitud al Valés, y que va á unirse cincuenta leguas mas lejos en el sitio en que la Furca, punto

intermediario entre aquellos dos ramales graníticos. Véanse á su derecha é izquierda las anchas bases de Galleustock y del Mutthorn.

Volviendo la vista del horizonte al sitio que nosotros ocupábamos, descubríamos á la izquierda, pero para perderse luego detrás del viejo castillo de Martigny, el camino que conduce á Ginebra por el valle de San Mauricio; y á la derecha, visible por mas de una legua el camino casi costeano el Dranza, torrente ruidoso y lleno de guijarros que ella atraviesa de tiempo en tiempo para pasar caprichosamente, de un lado á otro; el camino del Gran San Bernardo, y al que sucede saliendo de San Pedro una senda que conduce al Hospicio. — En fin, detrás de nosotros al continuar nuestro camino, encontrábamos el camino rápido y escarpado, por el que trepábamos, y que desde luego parece dominar sin interrupcion el sombrío pico de la Cabeza Negra, mientras que pegando á la cima de la Forclas, cree uno deber escalar inmediatamente aquella especie de Pelion amontonado sobre el Ossa, se detiene admirado de que separe aquellas dos cúspides que parecen acercarse á una distancia de dos leguas, y mas cuando se abre entre ellas inopinadamente un valle cuya existencia no se podia siquiera sospechar.

Por habituado que yo estuviese ya á no formar juicio de las distancias por el testimonio de mis ojos en medio de aquellas masas colosales, no por eso dejé de asombrarme al descubrir de repente á mis piés y cual si faltase la tierra á mis pasos, aquella profunda grieta de la tierra.

Inmediatamente, debajo de mí, y á dos piés de profundidad, veia torcerse y relucir, delgado como uno de aquellos hilos que el viento arrebatá á fines de verano, el torrente que escapándose de la hermosa nevera de Trient, serpentea caprichosamente por todo lo largo del valle, y va á horadar una montaña desde la base á la cima para ir á arrojar en el Ródano entre la Yerreria y Vernaya. Algunas casas esparcidas en sus orillas y con sombríos techos, parecen colosales escarabajos, paseándose pausadamente por la llanura, en tanto que de los extremos opuestos de aquella especie de aldea se escapan dos caminos que apenas se pueden distinguir á la simple vista, y que conducen á Chamouny, uno por la Cabeza Negra y otro por el collado de Balma. Este último es el que nosotros debíamos tomar.

Bajamos al valle. Mi guía me aconsejó que hiciere alto en una pequeña barraca olvidada por la aldea á orillas del camino, y pomposamente condecorada con el título de posada. Este descanso allí era preciso para prepararnos á hacer las otras dos terceras partes del camino que nos faltaba, no debiendo encontrar otra casa en tres leguas hasta el collado de Balma. Lo que comprendí claramente, que tenia gana de beber mi guía.

Nos dieron una botella de vino del país, con la cual un parisiense no habria querido sazonar una ensalada, y nos la hicieron pagar á precio de vino de Burdeos, y que mi valesano apuró deliciosamente hasta la última gota. Felizmente hallé lo que se encuentra en Suiza en todas partes, una taza

de excelente leche, en la cual eché algunas gotas de kirchenwasser (1). Bastante pobre era este almuerzo para un hombre á quien le quedaban aun que caminar seis leguas del país. Mi guía adivinó la causa de mi preocupacion viéndome mojar tristemente un pedazo de pan duro y negro como piedra pómez en aquella bebida agria, me animó un poco asegurándome que en la venta del collado de Balma encontraríamos con qué comer bien. Rogué á Dios que le escuchase, y continuamos nuestro camino.

Al cabo de media hora de andar nos hallamos en la entrada de un bosque de pinos, en donde yo habia visto ya antes que se perdía el camino. ¡No me habia engañado mi guía! allí era donde debía comenzar la verdadera fatiga. Sin embargo, como tanto tendré que hablar en lo sucesivo de sitios escarpados y peligrosos, no hago mencion de estas que por recuerdo. Empezamos á costear la pendiente rápida del collado, teniendo á nuestra derecha un precipicio de quinientos á seiscientos piés de profundidad, y mas allá del precipicio una montaña cortada á pico, que los habitantes del país apellidan la Aguja de Illiers, que acababa de adquirir una celebridad reciente por la caída mortal que en 1834 habia dado un inglés que quiso llegar á su cúspide. Mi guía me hizo ver á las dos terceras partes de la altura de la Aguja el lugar en que le habia faltado el pié á aquel desgraciado, y el gran espacio que habia corrido rebotando de roca en

(1) Licor hecho con guindas silvestres.

roca, cual un alud viviente : despues al fin me señaló en el fondo del precipicio el lugar en que se habia estrellado, convertido en masa de carne informe y asquerosa, sin forma alguna humana.

Esta clase de historias , poco graciosas en sí , lo son aun mucho menos todavía contadas en el lugar mismo en que han sucedido, y es poco cómodo para un viajero , por flemático que sea, el saber que en el mismo sitio que ocupa se le ha resbalado á otro el pié, y que ese otro se ha matado. Además, los guias no son muy avaros de tales relaciones, son como un consejo indirecto que dan á los viajeros para que no se arriesguen á ir sin ellos.

Sin embargo, allí mismo donde aquel inglés se habia matado, corria un pastor á todo correr seguido de su rebaño de cabras , saltando de roca en roca, y haciendo desgajar á cada brinco alguna piedra que en su caída arrastraba otras. Caian estas haciendo rodar pequeños peñascos , los cuales arrancaban otros mas grandes; en fin , toda esta avalancha bajaba aumentando su rapidez hasta el declive de la montaña, sonando como una lluvia de granizo sobre un tejado; y despues de un intervalo de silencio, iba á precipitarse con un ruido sordo en el agua que corre en el fondo del barranco, cortado á pico que separa las dos montañas. Este pastor nos acompañó por la vertiente opuesta á la que nosotros seguíamos, redoblando su destreza y velocidad por espacio de una media legua, sin mas motivo al parecer que el prolongar el gusto que veia nos causaba con su agilidad y temeridad de montañés.

Hacia algun tiempo que el aire iba refrescando ; nosotros continuábamos siempre subiendo, y ya habíamos llegado casi á siete mil piés sobre el nivel del mar; las grandes capas de nieve anunciaban que nos acercábamos á las regiones heladas donde la nieve no se derrite jamás. Habíamos dejado debajo de nosotros en la subida del bosque Magnen, las hayas y pinos ; allí donde habíamos llegado no crecian mas que yerbas de pasto. De tiempo en tiempo soplabá un vientecillo frio que helaba de repente en mi frente el sudor que el cansancio volvia inmediatamente á producir. Con una verdadera alegría supe por mi guia que íbamos á descubrir la posada del Collado de Balma; algunos minutos despues ví efectivamente que en medio de lo quebrado de la montaña que separa el valle de Chamouny del de Trient, se destacaba bajo un cielo azul, el techo rojo de aquella bienaventurada casa; despues sus paredes blancas que parecian salir de la tierra á medida que íbamos subiendo, y por último, los escalones de la puerta, en los cuales estaba sentado un perro castaño, que graciosamente se dirigió hácia nosotros con los ojos brillantes y la cola inquieta, para invitarnos á que fuésemos á descansar en la casa de su amo. — ¡Gracias, mi perro, gracias! ¡ya vamos!

Tanta prisa tenia yo de hallar fuego y una silla, que me precipité en la venta sin tener tiempo siquiera de echar una mirada sobre el famoso valle de Chamouny, que desde el umbral de la puerta se desarrollaba á la vista en toda su extension y en toda su belleza.

Habiendo aplacado un poco el frío y el hambre, que son los dos mas grandes enemigos de un viajero, volví á sentir mi curiosidad.

Hice que mi guía me condujese teniendo mis ojos cerrados, hasta el sitio mas favorable para abarcar de un solo golpe de vista la doble cadena de los Alpes, y bien pronto me hallé colocado sobre un punto bastante elevado para no perder nada de su extension. Entonces abrí los ojos, y cual si se hubiese alzado el telon de una magnífica decoracion, me estremecí con un placer mezclado de espanto al verme tan pequeño en medio de tan grandes cosas, contemplé todo el conjunto de aquel inmenso panorama, cuyas nevadas cúpulas dominando la rica vegetacion de los valles, parecian el palacio de verano del dios del invierno.

En efecto, en tanto cuanto podia alcanzar la vista, no habia mas que picos descarnados; de cada cual de ellos colgaban, como la cola arrastrando de un manto, las brillantes ondulaciones de un mar de hielo. Luchaban por lanzarse mas cerca del cielo, la aguja de Jour, la aguja verde del pico del Gigante, y las neveras de Argentieres de Bossons ó de Tacconay, competian sobre cuál bajaría mas terrible y amenazadora al fondo del valle. Luego en el horizonte que cierra como si fuese la última cúspide de aquella cadena de su masa oculta, y que huye hácia los Pirineos dominando picos y agujas, recostado cual un oso blanco sobre los témpanos de hielo del mar del Polo, el hermano del Chimborazo y del Imaus, el rey de las montañas de Europa, el Monte Blanco, este último escalon de la

escalera de la sierra, con cuyo auxilio se aproxima el hombre al cielo.

Una hora permanecí anonadado en la contemplacion de aquel cuadro, sin notar que hacia cuatro grados de frío.

Por lo que toca á mi guía, que habia visto cien veces ya aquel espléndido espectáculo, corria para entrar en calor á cuatro patas con el perro, y le hacia ladrar tirándole por la cola.

Por último se me acercó para darme parte de una idea que le acababa de venir á la imaginacion.

— Si quereis quedaros á dormir aquí, me dijo con el acento de un hombre que no sentiria el doblar su propina doblando las jornadas, no os faltará una buena cena y una buena cama.

¡Torpe! Si me hubiese dejado tranquilo, hubiérame visto obligado á quedarme allí, aunque Dios sabe cómo seria la cama y cena que me prometia.

Levantéme asustado á la idea del peligro que habia corrido.

— No, no, le dije, marchémonos.

— Es que no estamos mas que á la mitad del camino justo de Martigny á Chamouny.

— No estoy cansado.

— Es que hay cuatro horas.

— Tres y media.

— Es que todavía tenemos que andar cinco leguas y no quedan mas que tres horas de dia.

— Haremos las dos últimas de noche.

— Es que os perdeis un hermoso paisaje.

— Ganaré una buena cama y una buena cena.

— Vamos, adelante.

Mi guía que habia apurado sus mejores razones, se guardó para sí ya las demás y se puso en camino suspirando. ¡Nos marchamos!

Todo lo que pude ver mientras permitió la luz del día distinguir los objetos no fueron mas que detalles del gran cuadro que tanto me habia sorprendido en su conjunto, detalles maravillosos para quien los ve, pero cansados, creo, para aquel á quien yo tratase de pintárselos. Por otra parte, entra en el plan de estas Impresiones, si es que estas Impresiones tienen un plan, hablar mas de los hombres que de las localidades.

Ya era de noche cuando llegamos á Chamouny. Habíamos caminado nueve leguas del país, que sin exageracion equivalen á doce ó catorce de Francia; era, pues, una jornada buena.

Así ya no me ocupé mas que de tres cosas, que recomiendo á todos los que quieran recorrer el camino que yo he recorrido.

Primera. — Tomar un baño.

Segunda. — Cenar.

Tercera. — Hacer que llegue á quien va dirigida, una carta de convite para comer al día siguiente con este sobre:

A Mr. Jaime Balmat (1), Monte Blanco.

Ahora voy á decir en dos palabras, y desde mi cama á mis lectores, quién es Jaime Balmat, apellidado Monte Blanco, si acaso no ha llegado á noticia suya la celebridad de este señor.

(1) Jaime Balmat es el Cristóbal Colon de Chamouny.

JAIME BALMAT,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

LLAMADO MONTE BLANCO Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hay dos cosas consagradas que todo viajero que pase por Chamouny debe indispensablemente ver, y son la Cruz de Flegera y el mar de Hielo. Estas dos maravillas están colocadas enfrente una de otra á derecha é izquierda de Chamouny, y á ninguna de estas cimas puede llegarse sin subir primero la base de una ú otra de las dos cadenas de montañas en cuyo centro está situado el pueblo. Y llegado al fin de la subida se domina el valle á la altura de cuatro mil quinientos piés poco mas ó menos.

El mar de Hielo que alimenta la nevada cumbre del Monte Blanco baja entre la aguja de Charmoz y el Pico del Gigante, y se adelanta hasta la mitad del valle. Allí, despues de haber llenado cual una inmensa serpiente el intervalo que separa las dos montañas entre las cuales se arrastra, abre su verdinegra garganta y de la que sale á borbotones y con gran ruido el helado torrente de Aveyron. La subida que conduce al viajero sobre esta inmensa grupa, va, como se ve, por el costado mismo del Monte Blanco, cuya mole colosal no puede abarcar la vista porque se le toca